

Capítulo 1

contubernal (sustantivo): Persona que comparte el mismo alojamiento; compañero de tienda; camarada.

La idea de Percy Prewitt como mi *contubernal* me produce erisipela.

Del diccionario personal de Caroline Trent

*Hampshire, Inglaterra
3 de julio de 1814*

Caroline Trent no había tenido la menor intención de dispararle a Percival Prewitt, pero le disparó, y a consecuencia del disparo él estaba muerto. O al menos eso creía ella, pues había sangre suficiente para creerlo. Chorros de sangre bajaban por la pared y formaban charcos en el suelo, y la ropa de cama estaba manchada sin remedio. No sabía mucho de medicina, pero estaba bastante segura de que una persona no puede perder tanta sangre y continuar viva.

Pues sí que estaba en un buen apuro.

—Condenación —masculló.

Aunque era una dama de buena familia, no se había criado en circunstancias particularmente adecuadas a la educación que debería ha-

ber recibido, por lo que de tanto en tanto su lenguaje dejaba mucho que desear.

—Estúpido —le dijo a Percy, aun cuando éste estaba inconsciente en el suelo—. ¿Por qué tuviste que arrojarte así encima de mí? ¿Por qué no pudiste dejarme en paz? Le dije a tu padre que no me iba a casar contigo. Le dije que no me casaría contigo ni que fueras el último idiota que quedara en Gran Bretaña.

Casi golpeó el suelo con el pie por la frustración. ¿Por qué nunca le salían las palabras tal como quería que le salieran? A pesar del silencio de Percy, el que, claro, no era para sorprender a nadie, enmendó:

—Lo que quiero decir es que eres un idiota, y que no me casaría contigo ni que fueras el último hombre que quedara en Gran Bretaña, y... vamos, porras, ¿con qué fin hablo contigo? Estás muerto.

Emitió un gemido. ¿Qué diablos podía hacer? Oliver Prewitt, el padre de Percy, volvería a casa dentro de unas dos horas, y no hacía falta tener un título de Oxford para deducir que no se sentiría complacido al encontrar a su hijo muerto en el suelo.

—Una lata tu padre también —gruñó—. Todo esto es culpa de él, por cierto. Si no hubiera tenido la maldita obsesión de que atraparas a una heredera...

Oliver Prewitt era su tutor, o al menos lo sería durante las seis semanas que le faltaban para cumplir los veintiún años, por fin. Desde el 14 de agosto de 1813, día en que cumplió los veinte, había contado los días que faltaban para llegar al 14 de agosto de 1814. Sólo faltaban cuarenta y dos días. Dentro de cuarenta y dos días tendría por fin el control de su vida y de su fortuna. No quería ni pensar en cuánto se habían gastado los Prewitt de su fortuna.

Dejó la pistola en la cama, se puso las manos en las caderas y miró a Percy.

Y justo entonces él abrió los ojos.

—Aaaaj —gritó Caroline, dando un salto, y cogiendo de nuevo el arma.

—Arpía marrana —masculló Percy.

—No digas nada. Todavía tengo la pistola.

—No la usarías —resolló él, tosiendo y cerrando la mano sobre el hombro sangrante.

—Perdona, pero parece que las pruebas indican otra cosa.

Él apretó los labios formando una línea recta. Soltó unas cuantas maldiciones y luego levantó la vista hacia ella y la miró furioso.

—Le dije a mi padre que no deseo casarme contigo —siseó—. Buen Dios, ¿te lo imaginas? ¿Tener que vivir contigo el resto de mi vida? Me volvería loco. Si antes no me matas, claro.

—Si no querías casarte conmigo no deberías haber intentado violarme.

Él se encogió de hombros, y aulló por el dolor que le causó el movimiento. La miró indignado.

—Tienes bastante dinero, pero ¿sabes?, creo que no tanto como para que valga la pena aguantarte.

—Ah, pues ten la amabilidad de decirle eso a tu padre —ladró ella.

—Me dijo que me desheredará si no me caso contigo.

—¿Y no podrías enfrentarte a él aunque sea una vez en tu patética vida?

Percy gruñó al oírse llamar patético, pero en su debilitado estado no era mucho lo que podía hacer ante el insulto.

—Podría irme a Estados Unidos —masculló—. Seguro que entre las salvajes tiene que haber mejores opciones que tú.

Caroline no le hizo el menor caso. No se llevaba bien con él desde el instante en que se fue a vivir con los Prewitt, hacía un año y medio. Percy estaba totalmente dominado por su padre, y en las únicas ocasiones en que demostraba tener algo de brío era cuando su padre estaba ausente. Por desgracia, normalmente su brío se manifestaba en crueldad y mezquindad, y, en opinión de ella, era bastante aburrido.

—Supongo que ahora tengo que salvarte —gruñó—. Ciertamente no eres digno de que yo vaya a la horca por tu causa.

—Qué amable.

Caroline sacó la funda de una almohada, la dobló hasta formar un tapón, observando de paso que era de lino de la mejor calidad, probablemente comprada con su dinero, y se la aplicó a la herida.

—Tenemos que restañar la sangre —dijo.

—Parece que ya sale menos —contestó él.

—¿La bala te pasó hasta el otro lado?

—No lo sé. Me duele terriblemente, pero no sé si duele más si pasa hasta el otro lado o si se queda atascada en el músculo.

—Me imagino que de las dos formas es doloroso —dijo ella, apartando la funda para examinar la herida. Lo hizo girarse suavemente y le miró la espalda—. Creo que ha salido por el otro lado. Tienes un agujero aquí en la espalda también.

—Típico de ti eso de herirme por los dos lados.

—Tú me trajiste aquí con el pretexto de que necesitabas tomarte una taza de té para aliviarte el catarro, ¡y entonces intentaste violarme! ¿Qué esperabas?

—¿Por qué diablos llevas una pistola?

—Siempre llevo una pistola. La tengo desde que... bueno, no tiene importancia.

—No habría seguido hasta el final —masculló él.

—¿Cómo iba a saberlo yo?

—Bueno, sabes que nunca me has gustado.

Caroline le presionó el improvisado tapón en el hombro herido, tal vez con más fuerza de la que era necesaria.

—Lo que sé es que a ti y a tu padre siempre os ha gustado mi herencia.

—Creo que mi aversión por ti supera a lo que pueda gustarme tu herencia —gruñó Percy—. Eres demasiado mandona, ni siquiera eres bonita y tienes una lengua de víbora.

Caroline apretó los labios formando una implacable línea recta. Si tenía una manera mordaz de hablar no era en absoluto culpa suya. No había tardado en comprender que su ingenio era su única defensa contra la sucesión de tutores que se había visto obligada a soportar desde que murió su padre cuando sólo tenía diez años. El primero fue George Liggett, primo de primer grado de su padre, que no era un hombre malo, no, de ninguna manera, aunque no supiera qué hacer con una niña pequeña. Así que, le sonrió una vez, una sola vez, eso sí, para decirle que estaba encantado de conocerla, y luego la dejó en una

casa de campo con una niñera y una institutriz, desentendiéndose desde ese momento de ella.

Pero resultó que George murió, y la tutoría pasó a un primo de primer grado de él, que no tenía ningún parentesco ni con su padre ni con ella. Niles Wickham era un viejo avaro que vio en su pupila una buena sustituta de una chica empleada, y al instante le dio una lista de quehaceres más larga que su brazo, por lo que tuvo que cocinar, planchar, barrer, quitar el polvo, abrillantar y fregar. Lo único que no hacía era dormir.

En todo caso, Niles se atoró con un hueso de pollo, se puso todo morado y se murió. Entonces, en los tribunales no supieron qué hacer con ella, una chica de quince años a la que no consideraban apropiado enviar a un orfanato, por ser de muy buena crianza y rica. Fue en ese momento cuando le dieron la tutoría a un primo de segundo grado de Niles, Archibald Prewitt. Archibald era un hombre lascivo que la encontraba tan atractiva que la hacía sentirse incómoda, y eso la llevó a adquirir la costumbre de llevar siempre un arma encima. En todo caso, Archibald tenía débil el corazón y sólo tuvo que vivir seis meses con él, hasta asistir a su funeral y hacer sus maletas para irse a vivir con su hermano menor, Albert.

Albert bebía demasiado y le gustaba usar los puños, y así fue como aprendió a correr rápido y a esconderse bien. Y así, mientras Archibald había intentado manosearla en toda ocasión, Albert, que era un borracho cruel, la golpeaba y le hacía daño. Por lo tanto, también se convirtió en una experta en captar el olor a licor desde el otro extremo de una habitación; Albert jamás le levantaba una mano para golpearla cuando estaba sobrio.

Por desgracia, rara vez estaba sobrio, y en uno de esos furores de borracho le dio una patada a su caballo con tanta fuerza que el animal le correspondió con una coz en la cabeza. Para entonces ella ya estaba tan acostumbrada a trasladarse, que tan pronto como el cirujano le cubrió la cara a Albert con la sábana hizo la maleta y esperó a que los tribunales decidieran a dónde enviarla.

Muy pronto se encontró viviendo en la casa de Oliver, el hermano menor de Albert, y su hijo, el Percy que en esos momentos esta-

ba sangrando. Al principio le pareció que Oliver era el mejor de todos los tutores que había tenido, pero no tardó en darse cuenta de que a este nada le importaba tanto como el dinero. Cuando se enteró de que su pupila venía acompañada por una fortuna bastante considerable decidió que no debía dejarla escapar de sus garras, ni a ella ni a su dinero. Percy era unos pocos años mayor que ella, así que Oliver anunció que se casarían. A ninguno de los dos le agradó el plan de formar pareja, y lo dijeron, pero a Oliver no le importó. Pinchó y pinchó a Percy hasta que este aceptó la idea, y entonces se dedicó a intentar convencerla de que debía convertirse en una Prewitt.

La tarea de «convencerla» consistía en chillarle, darle de bofetadas, dejarla sin comer, encerrarla en su habitación y, finalmente, ordenarle a Percy que la dejara embarazada para que ella tuviera que casarse con él.

—Prefiero tener un bastardo que a un Prewitt —masculló.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—Vas a tener que marcharte, ¿sabes? —dijo él, cambiando bruscamente de tema.

—Te aseguro que eso lo tengo muy claro.

—Mi padre me dijo que si no te dejaba embarazada, él se encargaría de hacerlo.

Caroline casi vomitó.

Incluso Percy era preferible a Oliver.

—Perdón —dijo, con la voz temblorosa, lo que no era nada propio de ella.

—No sé adónde podrías ir, pero necesitas desaparecer hasta el día que cumplas los veintiún años, que será... ¿cuándo? Pronto, creo.

—Faltan seis semanas —musitó Caroline—. Seis semanas exactas.

—¿Puedes?

—¿Esconderme?

Percy asintió.

—Tengo que poder, ¿no? Pero voy a necesitar fondos. Tengo un poco de dinero para gastos pequeños, pero no tendré acceso a mi fortuna hasta el día de mi cumpleaños.

Percy hizo un gesto de dolor porque ella le quitó el tapón con que le tenía presionada la herida.

—Yo puedo darte un poco —dijo.

—Te lo devolveré. Con intereses.

—Estupendo. Tendrás que marcharte esta noche.

Caroline paseó la mirada por la habitación.

—Pero este desastre... Tengo que limpiar la sangre.

—No, déjala. Es mejor que te deje marchar porque me hayas disparado a porque yo haya desbaratado el plan.

—Uno de estos días tendrás que hacerle frente a tu padre.

—Será más fácil cuando tú no estés. Hay una chica muy simpática a dos pueblos de distancia a la que tengo la intención de cortejar. Es callada y sumisa, y no tan flaca como tú.

Al instante Caroline compadeció a la pobre chica.

—Espero que todo te resulte bien —mintió.

—No, sé que no lo deseas, pero no importa. En realidad no me importa lo que pienses, mientras te vayas.

—¿Sabes, Percy, que eso es justamente lo que pienso respecto a ti?

Curiosamente, él sonrió, y por primera vez en los dieciocho meses que llevaba viviendo con esa rama de los Prewitt ella sintió una especie de afinidad con ese chico que tenía casi su edad.

—¿Adónde vas a ir? —le preguntó él.

—Mejor que no lo sepas. Así tu padre no podrá sonsacártelo.

—Buen argumento.

—Además, no tengo ni idea. No tengo ningún pariente, como sabes. Por eso acabé aquí, con vosotros. Pero después de diez años de defenderme de mis tan atentos tutores, creo que debería ser capaz de arreglármelas sola por el mundo durante seis semanas.

—Si alguna mujer puede hacerlo, esa eres tú.

Caroline arqueó las cejas.

—Vamos, Percy, ¿eso ha sido un cumplido? Estoy pasmada.

—No ha sido un cumplido, ni de cerca. ¿Qué tipo de hombre querría una mujer capaz de arreglárselas bien sin él?

—El tipo de hombre que podría arreglárselas muy bien sin su padre —replicó ella.

Percy la miró ceñudo y movió la cabeza en dirección a su cómoda. Caroline fue hasta el mueble.

—Abre el cajón de arriba. Ese no, el de la derecha.

—¡Percy, esta es tu ropa interior! —exclamó Caroline, cerrando el cajón, asqueada.

—¿Quieres que te preste el dinero o no? Ahí lo escondo.

—Bueno, seguro que nadie querrá mirar aquí dentro —masculló ella—. Tal vez si te bañaras más a menudo...

—¡Condenación! —estalló él—. No veo la hora de que te largues. Tú, Caroline Trent, eres la hija del diablo. Eres todas las plagas. Eres la peste. Eres...

—¡Vamos, cállate!

Volvió a abrir el cajón, fastidiada por lo mucho que le dolieron esos insultos. Percy le caía tan mal como ella le caía a él, pero no le gustaba que la compararan con las plagas de langostas, garrapatas y sapos; con la Peste Negra; con ríos convertidos en sangre.

—¿Dónde está el dinero?

—En una de mis medias. No, la negra... No, no esa negra... Sí, ahí, al lado de... Sí, en esa.

Caroline cogió la media, la sacudió y cayeron billetes y monedas.

—Buen Dios, Percy, tienes cien libras aquí. ¿De dónde has sacado tanto?

—Llevo un buen tiempo ahorrando. Y robo una o dos monedas del escritorio de mi padre cada mes. Mientras no coja demasiado, él no lo nota.

A Caroline le costó creérselo; Oliver Prewitt estaba tan obsesionado por el dinero que era un milagro que su piel no hubiera tomado el color de un billete de una libra.

—Puedes coger la mitad —dijo Percy.

—¿Sólo la mitad? No seas estúpido, Percy. Necesito estar escondida seis semanas. Podría tener gastos inesperados.

—Yo podría tener gastos inesperados.

—¡Tú tienes un techo sobre la cabeza!

—Bien podría no tenerlo, una vez que mi padre descubra que te he dejado marchar.

Caroline tuvo que concederle ese punto. Oliver Prewitt no iba a sentirse complacido con su hijo único. Devolvió la mitad del dinero a la media.

—Muy bien —dijo, metiéndose su parte en el bolsillo—. ¿Ha dejado de manarte sangre?

—No te van a acusar de asesinato, si es eso lo que te preocupa.

—Puede que te resulte difícil creerlo, Percy, pero no deseo que te mueras. No deseo casarme contigo, y no voy a lamentarlo si nunca vuelvo a posar los ojos en ti, pero no deseo que te mueras.

Percy la miró con una expresión rara, y ella tuvo la impresión de que iba a decirle algo simpático (o por lo menos tan simpático como lo que acababa de decirle ella). Pero simplemente emitió un bufido.

—Tienes razón, me cuesta creerte.

En ese momento ella decidió dejar de lado el último hilillo de sentimentalismo y se dirigió a la puerta, pisando fuerte. Cuando puso la mano en el pomo, dijo:

—Será hasta dentro de seis semanas. Entonces vendré a recoger mi herencia.

—Y a pagarme.

—Y a pagarte. Con intereses —añadió, antes que lo dijera él.

—Estupendo.

—Por otro lado —continuó ella, aunque más bien hablando consigo misma—, tal vez haya una manera de llevar mis asuntos sin tener que volver a ver a los Prewitt. Podría hacerlo todo a través de un abogado y...

—Mejor aún —interrumpió Percy.

Irritada, Caroline exhaló un suspiro bien fuerte y salió de la habitación. Percy no cambiaría jamás. Era un grosero, un egoísta, y aún cuando se mostraba ligeramente más agradable que su padre, bueno, de todos modos seguía siendo un patán grosero.

Caminó sigilosa por el oscuro corredor y subió el tramo de escalera hasta su habitación. Era curioso que sus tutores siempre le hubieran dado una habitación en el ático. Y Oliver la peor de todas, al relegarla a un polvoriento cuarto de la esquina, de cielo raso bajo y anchos aleros. Pero si con eso su intención había sido abatirla y do-

blegarla, no lo había conseguido. En realidad le encantaba su acogedora habitación; estaba más cerca del cielo. Oía el sonido de la lluvia sobre el techo y veía las ramas de los árboles con brotes nuevos en primavera. Los pájaros hacían sus nidos fuera de su ventana y de vez en cuando pasaban ardillas por el alféizar.

Mientras ponía sus pertenencias más preciadas en una bolsa, se asomó a mirar por la ventana. Ese había sido un día sin nubes, y en ese momento el cielo se veía extraordinariamente despejado y luminoso. En cierto modo encontraba apropiado que esa fuera una noche estrellada. Eran pocos los recuerdos que tenía de su madre, Cassandra Trent, pero recordaba claramente esas noches de verano cuando se sentaba fuera con ella encima de su falda y miraban las estrellas. «Mira esa —le susurraba—. Creo que es la más brillante que hay en el cielo. Y mira hacia allá. ¿Ves la osa?». Y siempre, antes de entrar en la casa, Cassandra le decía: «Cada estrella es especial. ¿Lo sabías? A veces todas se ven iguales, pero cada una es especial y diferente, tal como tú. Tú eres la niñita más especial de todo el mundo. Nunca lo olvides».

En ese tiempo ella era demasiado pequeña para darse cuenta de que su madre se estaba muriendo, pero después siempre había recordado con cariño y gratitud ese último regalo que le hizo, por muy triste o desolada que se sintiera. En esos diez últimos años de su vida había tenido muchos motivos para sentirse triste y desolada, pero sólo tenía que mirar el cielo para recuperar una cierta paz. Si una estrella titilaba, se sentía a salvo y arropada, tal vez no tan a salvo y arropada como esa niñita sentada en el regazo de su madre, pero por lo menos las estrellas le daban esperanza. Aguantaban, resistían, y ella, por lo tanto también podría aguantar, sin rendirse.

Echó una última mirada a su habitación, revisándolo todo, para asegurarse de que no se dejaba nada, metió unas cuantas velas de sebo en la bolsa, por si las necesitaba, y salió.

La casa estaba silenciosa; a todos los criados les habían dado la noche libre, sin duda para que no hubiera ningún testigo cuando Percy la atacara. Típico de Oliver pensar en todo por adelantado, ser previsor. Lo que la sorprendía era que no hubiera usado antes esa táctica.

Pero claro, tal vez al principio pensó que lograría casarla con Percy sin recurrir a la violación, y ahora, al ver que estaba más cerca el día en que ella cumpliría los veintiún años, le había entrado la desesperación.

Y a ella también. Si tenía que casarse con Percy se moriría, por melodramático que pareciera eso. Lo único peor a la idea de tener que verlo todos los días del resto de su vida era tener que «escucharlo» todos los días del resto de su vida.

Iba atravesando el vestíbulo en dirección a la puerta principal cuando se fijó en el candelabro nuevo posado majestuosamente en la mesa lateral. Oliver no había dejado de cacarear acerca de esa nueva adquisición en toda la semana; plata de ley, decía, artesanía de la mejor.

Se le escapó un gruñido. Seguro que no había podido comprarse candelabros de plata antes que lo nombraran su tutor.

Era irónico, en realidad. Le habría encantado compartir su fortuna, incluso regalarla, si hubiera encontrado un hogar con una familia que la quisiera y se preocupara por ella. Personas que vieran en ella algo más que una cuenta bancaria.

Impulsivamente, sacó las velas de cera de abeja del candelabro y puso en su lugar las de sebo que llevaba en la bolsa. Si necesitaba encender una vela en su viaje, deseaba sentir el buen olor de la cera que Oliver se reservaba para él.

Salió corriendo, musitando una corta oración de acción de gracias por el buen tiempo que hacía.

—Menos mal que Percy no decidió atacarme en invierno —masculló, echando a andar por el camino de entrada.

Habría preferido cabalgar o usar cualquier tipo de locomoción que le permitiera salir más rápido de Hampshire, pero Oliver sólo tenía dos caballos y en esos momentos los dos estaban enganchados a su coche, que siempre usaba para ir a su partida de cartas semanal en casa del terrateniente.

Intentando mirar la situación por el lado positivo, se dijo que le resultaría más fácil esconderse si iba a pie. Iría más lenta, eso sí, y si se encontraba con un bandolero...

Se estremeció. Una mujer sola llamaba mucho la atención. Y su pelo castaño claro parecía atrapar toda la luz de la luna, aun cuando llevaba

la mayor parte metida bajo la papalina. Habría sido más inteligente haberse vestido de chico, pero no le había dado tiempo de hacerlo. Tal vez debería seguir una ruta hacia la costa y continuar por el litoral hasta el puerto más cercano y concurrido. No era tan lejos. Desde ahí podría viajar más rápido por mar, y coger un barco que la llevara lo bastante lejos para que Oliver no lograra encontrarla en esas seis semanas.

Sí, le convenía seguir una ruta hacia la costa. Pero no podría tomar ninguna carretera principal; seguro que alguien la vería. Viró en dirección sur y comenzó a atravesar un campo. Portsmouth sólo estaba a quince millas. Si caminaba rápido y durante toda la noche llegaría ahí por la mañana. Entonces compraría un pasaje para un barco, un barco que la llevara a la otra punta de Inglaterra. No deseaba dejar el país, y no le convenía, pues necesitaba reclamar su herencia dentro de seis cortas semanas.

Luego estaba el asunto de qué podría hacer durante esas semanas. Llevaba tanto tiempo aislada de la sociedad que ni siquiera sabía si tenía cualificaciones para un empleo decente. Creía poseer las condiciones necesarias para ser una buena institutriz, pero lo más probable es que tardara seis semanas sólo en encontrar un puesto. Y entonces..., bueno, no sería justo aceptar un puesto de institutriz y luego dejarlo a las pocas semanas.

Sabía cocinar, eso sí, y sus tutores se habían encargado de que aprendiera a hacer la limpieza de la casa. Tal vez podría trabajar en alguna posada muy remota, no muy conocida, por alojamiento y la pensión completa.

Asintió para sus adentros. La idea de limpiar habitaciones para personas desconocidas no le resultaba muy atractiva, pero al parecer era su única esperanza para sobrevivir las próximas semanas. Pero hiciera lo que hiciera, tenía que alejarse de Hampshire y de los condados vecinos. Podría trabajar en una posada, pero esta tendría que estar muy lejos de Prewitt Hall.

Así pues, apresuró el paso en dirección a Portsmouth. Sentía blanda y seca la hierba al pisar, y los árboles la ocultaban de la carretera principal. No había mucho tráfico a esa hora de la noche, pero no estaría de más ir con cuidado. Continuó avanzando rápido, mientras el

único sonido que oía era el de las suelas de sus botas al pisar. Hasta que...

¿Qué había sido eso?

Se giró bruscamente a mirar, pero no vio nada. Se le aceleró el corazón. Juraría que había oído algo.

«Tiene que haber sido un erizo —se dijo en silencio—. O tal vez una liebre. —Pero no vio ningún animal, así que no se tranquilizó—. Continúa caminando. Tienes que llegar a Portsmouth por la mañana.»

Reanudó la marcha, caminando tan rápido que comenzó a agitarse la respiración, hasta que casi iba resollando. Y de pronto...

Se volvió a girar, llevando por instinto la mano a la pistola. Había oído algo, claramente.

—Sé que estás ahí —dijo, en tono desafiante, con una osadía que no sentía—. Muestra la cara o continúa escondido como un cobarde.

Crujieron unas ramas y apareció un hombre por entre los árboles. Vestía totalmente de negro, desde la camisa a las botas, incluso su pelo era negro. Era alto, de hombros anchos, el hombre de aspecto más peligroso que había visto en toda su vida.

Y le apuntaba con una pistola al corazón.